

Y una mesa de piedra
Refrigerios, y frutas ofrecia;
Entre las murtas, troncos y follaje
Quedan entrambos bultos,
Por fin de su viaje,
En gran silencio, sin moverse, ocultos.
Tal se esconde alevoso en la enramada
El cazador, y espera
La cierva descuidada
Que baja por la noche á la ribera.
¡Ah, buen Rodrigo!... tu amistad constante,
Tu gratitud ardiente
Te arrastran tan distante,
Que no hallarán disculpa en el prudente.
De honradez y lealtad tan alta prueba,
¿No ves, oh fiel Rodrigo,
Que al precipicio lleva
Al que proclamas protector y amigo?
¿Cuánto mejor te fuera, ó tú vengarlo,
Si impedir no pudiste
El mal, ó que ignorarlo
Por largo tiempo consiguiera el triste?
¡Ay, hasta la virtud, hija del cielo,
Los míseros mortales,
Por imprudente anhelo,
Pueden mina fecunda hacer de males!

¡Cuán clara y refulgente,
Espléndido topacio,
En el celeste espacio
Ostentaba la luna su esplendor!
Con sonrisa inocente
Dormida entre celajes,
Delicados encajes
De leve niebla y cándido vapor.
Y su luz argentina
Por lomas y collados,
Y silenciosos prados
Se gozaba apacible en resbalar;
Y la pomposa encina,
Y el contorno del monte
En el vago horizonte,
De nácar sobre nube, en dibujar.
Dejando al valle hondo
Tiniebla misteriosa,
Que nadie mirar osa
Temiendo algun fantasma descubrir;
Y sólo allá en el fondo
Dejaba en la corriente
Del rápido torrente
Breve y fugaz destello relucir.
En calma estaba el viento,
Y el aura revolando,
Y en silencio besando
Las soñolientas flores del jardín,

Robábalas su aliento,
Y con él perfumaba
Y en bálsamo tornaba
El ambiente hasta el último confin.
El silencio profundo
Tan sólo interrumpía,
La fuente que corría,
Y el acento de un tierno rui señor;
Dijérase que el mundo
En sueño regalado,
Dormía reclinado
En el inmenso seno del Criador.
¡Ah! noche tan hermosa,
Tranquila y apacible,
Que encubra no es posible
Perfidia, engaño, crimen y traicion.
Si alma hay tan horrorosa
Que á turbarla se atreva,
Sobre su frente llueva
El fuego de la eterna maldicion.
Mas ¡ay! que la influencia
De su apacible calma
No tranquiliza el alma
Del furibundo Nuño Garceran.
Y cuando su impaciencia
A atropellar por todo
Iba, y de cualquier modo
A dar un fin á su angustioso afan;
Y apenas ya podía
La mano de su amigo
El ejemplar Rodrigo,
Contener su impaciencia y su altivez;
En lejana abadía
El reló resonando,
Que el tiempo iba ajustando,
Dió con gran pausa campanadas diez.
Y á la puerta aparece,
Del vecino palacio,
En el oscuro espacio
De pronto una hermosísima mujer.
Mujer que resplandece,
Aparicion divina,
De aquellas que imagina
La inocencia en ensueños de placer.
Talle esbelto, elegante,
Y formas delicadas,
Que lucen adornadas
Con veste de blancura virginal.
Y un pálido semblante
Sobre el cuello flexible,
Tan bello y apacible
Y de expresion tan noble y celestial,
Cual rara vez el suelo
Ve, cuando de belleza
Quiere naturaleza
Darle un tipo ostentando su primor;

Y que tan sólo el cielo
Reveló al soberano
Ingenio, y á la mano
Del grande Urbino, el inmortal pintor.
Toda ella iluminada,
Sobre aquel fondo oscuro
Encuadrado en el muro,
Por la luz de la luna vertical;
Con el claror mezclada
De la llama, que brilla
Oscilante, amarilla,
Dentro del cenador en un fanal;
Parece la figura
De la divina maga,
Aparicion tan vaga
De misterioso y singular color;
Que no humana criatura
Del mundo se creeria,
Sino una fantasía,
Un conjunto de luz y de vapor.
Don Nuño arrebatado
Por tal vision divina
Casi la frente inclina,
Casi olvida su furia y su ansiedad;
Cuando ponerse al lado
Ve de aquella belleza,
Con familiar franqueza,
Un mancebo gentil de corta edad.
De risueño semblante,
De noble corpulencia,
De gallarda presencia,
Brotando actividad, vida, expresion:
Y con traje elegante
De rojo terciopelo,
Y sobre el rubio pelo
Una toca adornada de un airon.
Lanzó Nuño un rugido
Profundo, ahogado, interno,
Que se oyó en el infierno,
Aunque apenas se oyera en derredor.
Y ciego, enfurecido,
Con el hierro desnudo,
Iba... Pero forzudo
Sujetó el fiel Rodrigo su furor.

El jóven, y la hermosa,
Alegres, descuidados,
Y del brazo enlazados
Discurrían un momento en el jardín.
Y su charla amorosa,
Esparciendo un murmullo
Como apacible arrullo,
Dentro del cenador entran al fin.
Ella en rica almohada
De brocado se sienta,

Y de pié le presenta
Frutas y flores el gentil garzon.
Quien viendo preparada
Arpa sonora á un lado,
Púlsala arrebatado,
Y entona esta dulcísima cancion.

«En noche tétrica
De desventura
Y de amargura
Me iba ya á hundir;
»Cuando la fúlgida
Luz de una estrella
Benigna y bella
Vió relucir:
»Y eras tú, Blanca mia,
La estrella de consuelo y de alegría.

»En negro vértigo
Agonizaba,
Mi pié tocaba
Ya el ataud,
»Y un dulce bálsamo
Bebí anhelante,
Y hallé al instante
Vida y salud:
»Y eras tú, Blanca mia,
El bálsamo que tanto conseguia.

»Blanca, sí,
Todo á tí
De polo á polo
Lo debo solo.
»Sin tu amor,
Y favor
Fuera mi suerte
Miserable muerte:
»Porque eres, Blanca mia,
Bálsamo de salud, sol de alegría.»

Aquí llegaba en su cancion, mirando
Con arrasados ojos y semblante
A la dama el doncel; cuando anhelante
Ella, el rico almohadon abandonando,
Se acercó á él con cariñoso exceso,
Y en la mejilla juvenil y hermosa,
Con la emocion del canto ardiente rosa,
Le imprimió un blando y delicioso beso.
Rodrigo suelta entónces á don Nuño,
Que como flecha despedida arranca,
Y en el seno infeliz de doña Blanca,
Hundió la daga hasta el dorado puño.
El mancebo de pronto en su defensa,
Tarde era ya, sacrificarse quiere,
Y el mismo acero lo recibe, y hiere
Y abre en su tierno pecho herida inmensa.

Al desplomarse en brazos de la muerte
Blanca infeliz, y en el postrer desmayo,
Cuando juzgó que la mataba un rayo,
Quién es su matador ¡mísera! advierte.

Y ¡oh Nuño!!! exclama en el postrer aliento,
Y Nuño, redoblando con oírla
Su furor infernal, torna á embestirla,
Que sólo de su muerte está sediento.

Y cébase cual hiena furibunda
En el cadáver con horrible estrago,
Bañándose frenético en el lago
De sangre, que el jardín, cálida inunda.

Cuando huracan horrísono rugiente
Baja de pronto desde la alta sierra,
Los árboles altísimos aterra
Y el cenador y lámpara eminente.

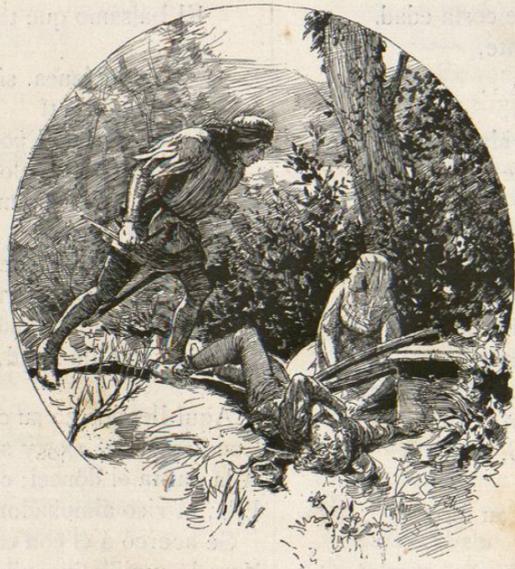
Embiste silbador con recio empuje
El palacio, y lo mece, y lo fulmina;

Las gigantescas torres arruina,
Y el muro roto se desploma y cruje.
Y la luna purísima envolviendo
En borrascosas nubes espantables,
Con espesas tinieblas impalpables
Cubrió aquel espectáculo tremendo.

Nuño, de un trueno al espantoso grito,
De sí mismo medroso y aterrado,
Y creyendo que el orbe ha caducado,
Del Sumo Sér, que lo formó, maldito;

Por el áspero monte huye cobarde,
De cuando en cuando deslumbrado y ciego
De súbitos relámpagos al fuego,
En que juzga que el globo todo arde.

Así recién formado, con profundo
Terror, vagar por anchas soledades,
Envuelto en espantosas tempestades,
Al primer homicida miró el mundo.



SEGUNDA PARTE

¡Sevilla! ¡Oh nombre mágico, que encanta
Con su apacible són mi mente toda,
Y de recuerdos plácidos circunda
Mi helado corazón y mi memoria!

Sevilla, reina del ameno clima
En que Guadalquivir su régia pompa
Ostenta, caminando hácia los mares
Do el sol se esconde al desdeñar á Europa.

Sevilla, que gallarda señoreas
De olivo y de laurel con la corona,
La parte más risueña de este mundo,
Y do ingenio y valor la tierra brota:

Mientras más léjos de tus altos muros,
De tu inmensa basilica grandiosa,
Y de tus odoríferos verjeles,
Más te tengo presente á todas horas.

En tí pasé mi juventud florida,
Y el balsámico ambiente de que gozas
Me restauró la sangre, que en los campos
Por mi patria y mi rey vertí con honra.

Y en tí gocé de deliciosos días,
Y del amor los bienes y zozobras,
Y recogiendo aplausos y laureles,
De la felicidad bebí en la copa.

Que entusiasmado viendo de Murillo
Y Zurbaran las encantadas obras,
Admirando tu alcázar y tu templo,
Y oyendo hablar á Herrera y á Rioja;

Me elevé de las brisas en las alas,
Cual del jazmín y azahares los aromas,
Y el fuego celestial de la poesía
Ardió en mi mente, y aspiré á sus glorias.

Jamás, jamás te olvido, insigne emporio
De ingenio y gracia, y de beldad; y ahora
Mientras de tí tan separado escribo
En alto verso esta olvidada historia;

A la orilla de un mar que de esmeralda
Revuelve alegre las risueñas olas,
Inmediato al flamígero Vesubio,
Y admirando su cumbre tronadora,

Que humo y ceniza lanza contra el cielo,
Y forma espesa nube, que el sol dora;
Cercándome de flores coronadas
De Posílipo y Vómero las lomas;

Y en Nápoles, en fin, la que en el mundo
Tanto renombre esclarecido goza:

A tí, y tan sólo á tí tengo delante,
Y en tí, ¡grata ilusión! mi mente mora.

Y miro alzarse tu Giralda esbelta
Entre vapores de color de rosa,
Y oigo la voz de sus sonoros bronce,
Que retumba en los montes de Carmona.

Y que estrecho á mi seno me figuro
Las dulces prendas, que de mí remotas
Allá anhelan tan sólo mis noticias,
Y sin cesar me llaman y me nombran.

Y escenas ocurridas en tus campos
Voy á contar, para aclarar la historia,
Que de la tumba de la edad pasada
El sacro númen, que me inspira, evoca.

Poco despues que en la morisca Alhambra
La cruz de Cristo derrocó á la luna,
Triunfó de la espantosa idolatría
En el bárbaro haren de Motezuma.

Pues el Reparador del universo
Dió de extender su nombre, y la fe suya,
La alta misión á los esposos Reyes,
Que á Aragon y Castilla unen y juntan.

Y abriendo las barreras de los mares
A las osadas españolas fustas,
Regidas por un hombre extraordinario,
Domador de huracanes y de furias;

Ofreció un nuevo mundo á su grandeza;
Do la gloria aumentar que los circunda,
Y do la santa luz del Evangelio
Su influjo bienhechor muestre cual nunca:

Disipando las bárbaras tinieblas
De las espesas infernales brumas,
En que el rebelde Arcángel envolvía
Las regiones del globo más fecundas.

Allí pocos valientes humillando,
A fuerza de constancia y de bravura,
El poder de cien bárbaras naciones,
Y del tenaz infierno las astucias;

Dieron á los católicos Monarcas
Cien coronas riquísimas, que ocultas